

CUANDO terminó su elegante pensionado, Liliana hizo saber a las mimosas tías que la servían de tutoras, su determinación de ganarse la vida:

—¡Pero, nena, si no hay necesidad!— protestó doña Ursula con santo terror.

—¿Qué va a decir la gente!— se atrevió a musitar Esperancita.

Yo fui consultado, casi entre susurros, de tamaño pretensión. Hasta este momento apenas me había dado cuenta del temeroso arrigo que tenía en aquellas dos viejecitas primorosas, mi linda y malcriada Liliana. Las pobres señoras estaban desoladas; sesenta años de darse volvos ante las



la un poco. doña Ursula no fué tan fácil de convencer: lamentaba el hecho de ser un obispo, un norteamericano, oriundo de un país donde las mujeres tenían que mantenerse para ser personas honorables. Tal vez, un obispo español no hubiera permitido tamaño atropello contra la casa Martínez. Cuando las señoras se tuerca a mudar de casa, me llevé a Liliana hasta el balcón.

—Liliana, ¿cómo has podido convencerlos?

—Es un asunto de confesión,— me dijo con tristeza. —Monseñor no podía imaginar que me convirtiera en una viejecita idiota. ¿No crees tú?

USC UNIVERSIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN

NOTA

**Este documento no está disponible en línea. Puede encontrarlo en la Colección de Emilio S. Belaval en la Sala de Información e Investigación en la Biblioteca Madre María Teresa Guevara de la Universidad del Sagrado Corazón.**

rio de familia, en anotaciones en británico de piel, guardado en una carpeta de tafetá con agarraderas de plata. Además quedaban las prendas: botillos de grueso oro incrustados de soberbios fulgores, tres ternos de brillantes, la amatista más grande que había en la ciudad; la cristalería con anilla de oro, la plata, el ajuar de casa con ciento cincuenta piezas de caoba, sesenta sábanas de hilo, cien fundas de idem, un bello cristo de marfil de tamaño natural, tres reclinatorios tallados. Liliana era la última Martínez. Su tía era tres veces condómína ya de una tercera, lo que se podía llamar un rico partido, para cualquier chico bigotudo y serio de buena familia, que quisiera tomar por esposa a la linda Liliana.

—Ay, toda aquella admirable previsión de los mayores Martínez de crear una casa fuerte, de varones sufridos y mujeres ociosas, iba a caer en tierra por el capricho de la última Martínez, de convertirse en amanuense de algún vicario mal alien-

## Primer Disgusto

por Emilio S. Belaval

sultar su caso de conciencia con el obispo? La proposición me valió un medio abrazo de doña Ursula. Había sido una santa idea, de la cual tal vez dependiera el sosiego espiritual de la casa. El señor obispo seguramente podría adjuar la absurda determinación de la malcriada condómína.

Al otro día gocé de la mordiente emoción de ver, camino al obispado, a mi linda Liliana, enfundada en uno de aquellos ridículos trajes largos, de alto talle y profusión de ondas. Yo

tenía yo que conspirar contra la rebelión de aquella mujercita de quien era el mejor amigo? ¿Qué me importaba a mí, por aquella época un furioso socialista teórico, el escrúpulo señorítingo de las viejecitas Martínez? Mi amiga era ella, Liliana, el fresco durazno de la familia, la encantadora nena que no me permitió leer en paz el contrato social. Detrás de la celosía pasé un momento miserable, sintiéndome cómplice de sentimientos arcaicos en los cuales yo mismo no confiaba, desleal hacia

un corazón de mujer iba a pedir cuentas a la vida sobre el estigma de su fragilidad. ¿Qué sería aquella alma cuando se convenciera que la libertad es el más inolvidable peñismo de la vida? Al mismo tiempo una oscura sospecha atenazaba mi espíritu apocado por el anuncio de la invasión. La última María renunciando al oloroso derecho de empolvar la punta de su nariz ante espejos monumentales, despojándose a zamparse desnuda bajo una sin colonia cada mañana, para salir por un grueso sastre o por un blusa de seda manida, para ser una jovial, bravía, paciente, capaz de compartir el último refugio de los hombres; la mano que ser demasiado la reflexión ante la vida, cuando sus manos con la urgencia de posarse en la caricia loca sobre mis cabellos.

—A...